

CUENTOS
ESPAÑOLES

REDENCIÓN

POR ALFONSO
H. CATÁ

AQUEL grupo de solterones y de mozalbetes ya aburridos, que distraía su tedio ideando bromas de un humorismo feroz, dominaba al pueblo, merced a una de esas cobardías colectivas, base de todas las tiranías del mundo. Cuando se recordaban algunas de sus farsas, siempre impunes, hasta quienes bonreían más hipócritamente, acallaban un noble disgusto que no dejaba fructificar el miedo. La última fechoría llevó el ridículo y la desventura a un padre de seis muchachas, harto (deseosas de casarse, y fué tan descarnada, tan cruel, que decidió al párroco nuevo a intervenir. Algunos prudentes trataron de disuadirle; pero él supo responder a cuantos confundían la prudencia con la renuencia a intentar el bien rodeado de peligros:

—Mi deber es intentar algo... Ya sé que no es fácil... Menos de serlo el ir a evangelizar a tierras de salvajes, y otros van.

—Siquiera aquéllos son salvajes del todo... Usted es muy joven... Tenga cuidado.

—Tendré fe, que vale más... Y como ellos no han de venir por mí casa, ni por la de Dios, iré a buscarlos a su tertulia. No me van a comer... Sólo los que se sacrifican por el bien merecen la ayuda del cielo.

Y sosegadamente se encaminó hacia el temible rincón del Casino, en donde tenían establecido, desde hacía años, su satánico laboratorio aquellas malas almas, siempre dispuestas a ahogar, entre risotadas, las lágrimas saturadas de dolor.

Mientras se acercaba, su imaginación, remontándose hacia el pasado, traía recuerdos de la niñez y de los actos del Seminario, donde, entre la cosecha baldía de los rumiadores de latín, sin espíritu ni elevación, había florecido su alma férvida, ávida de abnegaciones, de continuo inclinada, como un girasol maravilloso, hacia todas las fraternidades. Si su inteligencia no mostró luces excesivas, la voluntad, en cambio, fué excepcional. Huérfano desde el comienzo de su vida, y sostenido en el Seminario por una de esas caridades de comité, desprovistas de ternura individual, hubo de ganarse la carrera a fuerza de aplicación y sumisión. Muchas veces se mantuvo en el primer puesto a costa de la salud; muchas veces fué a arrodillarse en la capilla para pedir resistencia física. Ni en primavera, cuando el vaho a tierra húmeda y plantas en germinación subía del patio y triunfaba del olor a indio, salían sus sentidos de la casta somnolencia. Casi al final de la carrera tuvo delirios, visiones y éxtasis que removieron el Seminario; y cuando, al fin, tomó las Ordenes y cantó la primera misa, el obispo, un señor frío, de cortesana elegancia, le dijo:

—Muy temprano va a empezar usted la carrera más difícil de todas. Tenga en cuenta que la religión no puede ni debe apartarse del espíritu del siglo, y que hoy le hace falta, más que misticismos sensibleros, un sentido constante del deber... Va usted a ese pueblo a modo de

prueba. No olvide que su autoridad ha de ejercerse entre otras autoridades respetables y poderosas, y que la mía vigila.

Estas palabras lo dejaron atónito; pero el cambio de vida y el recibimiento cordial del pueblo restituyéronle pronto

el entusiasmo cardinal de su ser... ¿Cómo había de desmayar ante el umbral del primer obstáculo? Los que lo acogieron con benévola duda, a causa de su juventud, verían ahora que las almas iluminadas por el Señor no siguen el escalafón de las edades... El no tuvo nunca edad de jugar, edad de posar la mariposa frívola del capricho en los accidentes y mirajes del pardín de la juventud; su edad fué siempre la del viajero que va hacia Dios y no quiere perder un instante... Al llegar a la puerta del Casino, la inminencia de la realidad lo arrancó de sus evocaciones... Contra su inconfesado temor, los temibles contertulios lo recibieron sin mostrar sorpresa, con urbanidad, y hasta «el Bizco», el jefe, famoso por su grosería, se levantó para ofrecerle sitio.

—Síntese un momento con nosotros, padre.

—Con mucho gusto de advertirles que ven a oír el sermón que no oírán en la parroquia... Un sermón sobre la caridad y el respeto que nos debemos unos a otros.

—Pues empiece, que aquí estamos nosotros para oírle... Ya sabemos que se propone santificar al pueblo, y que desde su llegada las mujeres, no contentas con estar mañana y tarde en la iglesia, querían hasta meterse en la sacristía.

La saeta se embotó en la inocencia del sacerdote, que, sin hacerse rogar de nuevo, ocupó la ofrecida silla y empezó a hablar. Poco a poco, a medida que exhortaba al bien, entre el silencio misteriosamente serio de los libertinos, debió esparcirse por el pueblo la extraña noticia, pues establecióse lento desfile de curiosos, y hubo cuchicheos, aspavientos. Cuando sonó el toque de vísperas la plática no había concluido aún, y fué preciso interrumpirla, aplazarla.

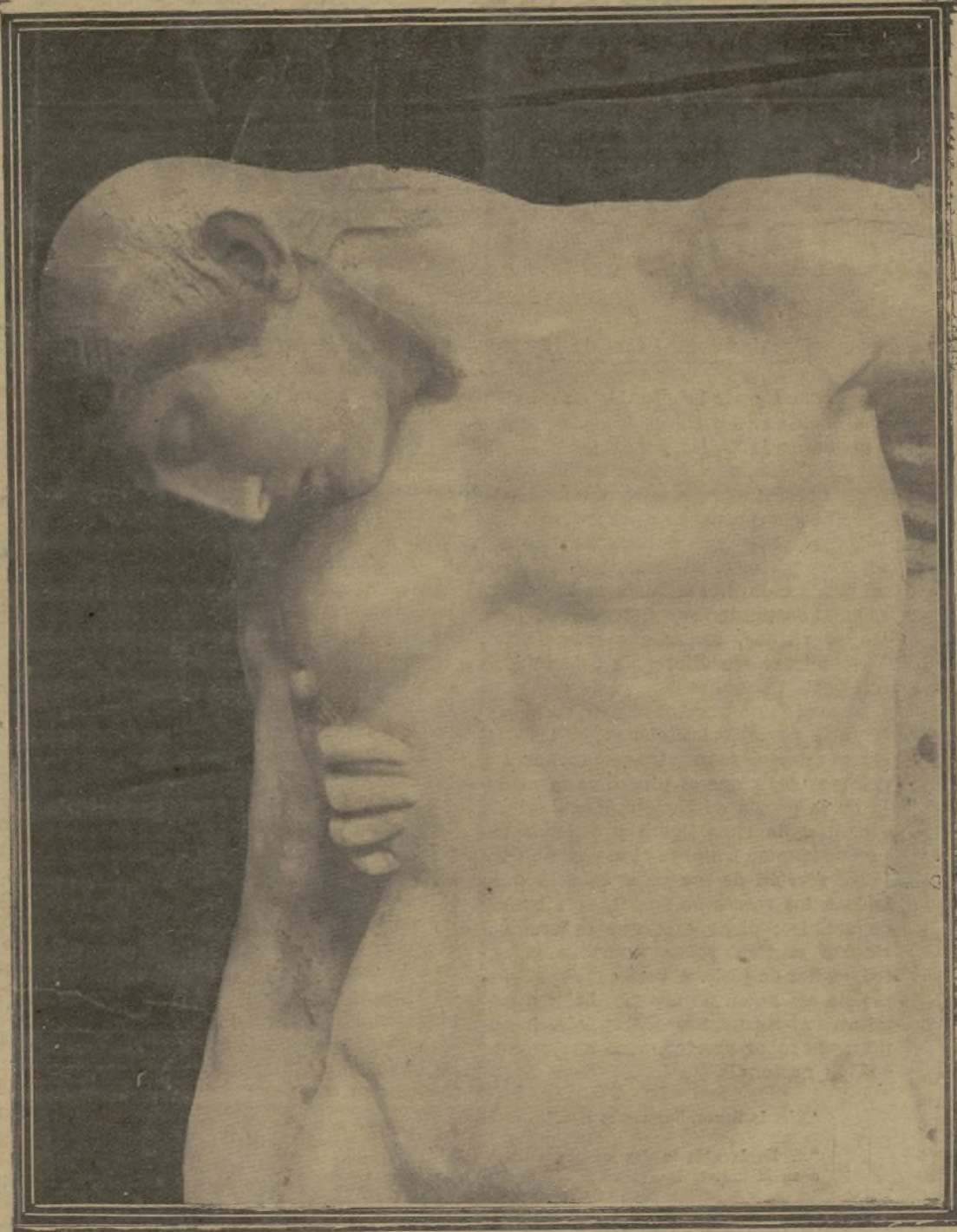
«El Bizco», hablando en nombre de todos, despidió al curita con palabras a la vez afectuosas y bruscas:

—Ya ve usted que no nos comemos los frailes crudos, y hasta que sabemos atender de veras, sin roncar como ciertas beatas. Siempre que tenga usted un ratito para dedicarlo a estos pobres herejes, venga por aquí. Queda invitado.

—Ya lo creo que los guarde.

Y a pesar de los seños de algo una vez, si das la misa Jamás lo tradijeron sus resultados las fechorías cuantos volvieron blo, y una mañana compenetrado está

Una obra de Julio Antonio



DETALLE DEL MONUMENTO A LOS HÉROES DE LA INDEPENDENCIA EN TARRAGONA

El público madrileño—que tanto se interesó por la obra admirable del inmortal Julio Antonio cuando la famosa exposición de su *Estatua yacente*—desconoce la mayor parte de la intensa labor de este excepcional artista, a quien la muerte vino trágicamente a arrebatarse cuando se hallaba en la plenitud de su genio creador. Los monumentos a Chapi y a Laportilla y la magnífica serie de *Bustos de la Raza*, que ocupa una sala de nuestro Museo de Arte Moderno, son las únicas muestras de su arte que quedan en este Madrid que él tanto quería y que fué escenario y hogar de su patética bohemia, de su triunfo y de su muerte inmediata. Ahora, manos hábiles y piadosas funden en bronce una pieza importantísima de la copiosa labor que quedó inédita; pero tan pronto como esté terminada—penas el metal haya perdido su calor—, saldrá de Madrid—que sentirá no poder conservar la bella escultura—para ser erigida en una plaza de Tarragona. Nacido Julio Antonio en Tarragona, ha sabido hacer resurgir en este magnífico monumento—digno de los soberbios restos romanos y góticos que estarán rodeándole—todo el hondo espíritu arcaico de la tradicional *Tarraco* que arraigada con firmes cimientos clásicos, supo un día defender su independencia con el supremo heroísmo del martirio.

ficio de la misa, al volverse para bendecir, vió junto a la puerta del presbiterio a uno de los secuaces del «Bizzo»... ¡Ah, qué alegría más pura, qué mirada tan plena de gratitud y júbilo la que dirigió al hombre oculto tras la columna, y a la imagen, cuya triunfante mansedumbre resplandecía entre el oro mate del... Y en la oración ritual engarzó esta otra oración: «Gracias, Señor, por haber permitido que siguiera una de las simientes lanzadas por tu siervo haya caído en tierra propicia!»

Por la tarde fué con emoción a la tertulia y sonrió dulcemente al neófito, que bajó los ojos. El mediodía había sido canicular, y la tarde no descolgó de los vecinos montes las brisas. Aun cuando las ventanas estaban abiertas, lento sopor llenaba la sala baja del Casino. Al verlo abanicarse con la teja, «el Bizzo», guiñando casi imperceptiblemente el ojo extraviado, propuso:

—Hoy tiene que tomar algo con nosotros el señor cura. Es mi cumpleaños y quiero festejar.

—Si es cosa fresca, con mucho gusto; también yo tengo algo que celebrar hoy. «El Bizzo» se levantó, y poco después trajo el camarero una bandeja con grandes copas llenas de un líquido rosado, en cuyo fondo descansaba densa capa de azúcar y en las cuales flotaban algunas hojas aromáticas entre pedacitos de hielo.

—Behamos por la salud del padre.

—Por... de todos y por el arrepentimiento de los equivocados.

Las copas hasta el fondo... esas bebidas hipócritas que a la boca y llevan a las entra-

...bólico ardor, que pone en las ideas nieblas y exaltaciones. Antes de que pudiese advertirlo, hicieronle beber otra copa y, de pronto, las luces, las palabras, los recuerdos, en lucha contra la voluntad heroicamente tenaz, y más débil cada instante, iniciaron en su cerebro una danza de ritmo loco... Las conversaciones sostenidas hasta entonces ante él en tono de mesura se elevaron y entrecruzaron, concluyendo de aturdirle. Quiso levantarse y no pudo. Sonó el toque de oración, y en cuanto empezaron a pasar las primeras gentes hacia la iglesia, «el Bizzo» tomó al curita del brazo y lo ayudó a levantarse.

—Eso le pasa a cualquiera; no se apure... Yo le acompaño... No dé traspies.

Salieron a la calle, que al pobre enfermo le pareció cerrada y angosta como un ataúd donde llevaran a encerrar su dignidad. Detrás de ellos, a algunos pasos, en coro abominable, los contertulios explicaban a cuantos se sorprendían dolorosamente ante la inesperada escena:

—No se está todos los días para beber... Por mucho que se resista, siempre llega el día en que el vino puede más que uno.

Le llevaron a su casa, y contra la voluntad de la anciana sirvienta, entraron hasta la alcoba, con algaraz y befa. Ningún detalle bochornoso fué omitido; y como si esta inicua venganza del bien intentado por el cándido iluso no bastase, a los pocos días, cuando la estela del escándalo iba ya amortiguándose, comenzaron a circular, propalados na-

...quién, rumores aun peores mismo...

...eron al «Bizzo» y a...

...ni afirmaban; mas...

...n suponer mil pro-

...taminadas de hiel...

...arrastróse prime-

...ego, cual una...

...ma de mie-

...casas... Y hubo...

...arnación. «El curita...

...a otra tarde los pecados...

...terribles de sus feligre-

ses!... Nada hay ya oculto en las conciencias—decíase—... Las faltas, no sólo de acción, sino de pensamiento, podrán ser pregonadas en la plaza pública... En dos días, la vida del pueblo se transformó, y un vacío de desconfianza separó a los más íntimos. En la iglesia, ante el esplendoroso altar, las sillas, alineadas en quietud de abandono, decían al curita, abrasado más de estupor que de arrepentimiento, que su rebaño huía para no perderse con el pastor necio, olvidadizo de que los lobos más terribles suelen cubrirse con pieles de oveja... ¿Era verdad?... ¿Era verdad que su boca de hombre escupió los pecados que sólo en sus oídos de sacerdote debieron caer?... La memoria, estrellándose contra el muro vaporoso y formidable del alcohol, nada le decía; y en vano impetraba de Dios, al alzarlo trasfundiéndose entre sus manos, la revelación del misterio... ¿Era verdad o era maldad?... Durante una interminable semana sufrió el aislamiento del que posee un secreto peligroso y contagioso cual una llaga. Alguien debió escribir al obispo, porque llegó una carta ordenándole comparecer con urgencia. Desde detrás de las ventanas, con

miradas oblicuas, la gente lo vió una mañana partir hacia el pueblo próximo, por donde pasaba el ferrocarril, y nadie salió a despedirlo. Al otro día, por unos trajinantes, se supo que había aparecido despeñado en uno de los hondos precipicios que orillaban el camino, y una reacción de lástima devolvió entonces al pueblo su dignidad, su nobleza... Todos tuvieron esta certeza súbita: «¡No, no; el curita no había dicho nada!... ¡El curita era un santo... un ángel!...»

Cuando lo trajeron, y puesto entre cuatro cirios pudieron ver su cabeza hendida, sus ojos medio cerrados y su boca que ya no podía descubrir ningún secreto, una procesión verdaderamente conmovida se organizó. Ninguno quiso dejar de velar un instante aquellos desposos jóvenes, casi infantiles, y muchos se preguntaban si la Muerte, en vez de herirlo por sorpresa con su guadaña, no habría tenido que apresurar el paso y abrir los brazos maternales para acogerlo en su refugio.

Y por primera vez, desde hacía muchos años, aquella noche no acudieron «el Bizzo» y sus amigos a la tertulia.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

IMPRESIONES DE UN LECTOR

LIBROS DE POESÍA

Poesías completas, de Ugarte

MANUEL Ugarte ha reunido en un volumen sus dos colecciones de poesías, *Vendimias juveniles* y *Los jardines ilusorios*. Desde luego hay en ese libro perfecta unidad, porque su autor no ha tenido, como poeta, dos «maneras», dos «épocas», sino que ha conservado las mismas preferencias temáticas en toda su producción. Dos influencias la han regido: el casticismo español y la convivencia «parisina», mejor que «parisiense». Ya explicaré esa diferencia de matiz, de *nuance*.

El casticismo español se nota en la preferencia por el octosílabo y por las graciosas estrofas de nuestro arte menor. Podríamos decir que el pirope es la médula de la poesía de Ugarte; la galantería española, la rima ligera y delicada cuya flor (que no fruto) es el madrigal. Otra larga sección de ese volumen está dedicada a los versos de postal, de álbum y de abanico; dicho está que es una variación musical sobre temas de galanteo, «a flor de piel». A veces, el españolismo de ese poeta no español llega a asimilarse al retruécano conceptista, la sutileza de sabor arcaico, vino añejo de la bodega nacional:

«Riendo llanto, lloraremos risa.»

«... En la vida le das muerte, o en la muerte le das vida.»

El otro elemento de la inspiración de Ugarte procede de sus días de vecindad en París. He llamado *parisina*, mejor que *parisiense*, a esa modalidad, para no confundirla con la amplia irradiación del París metropolitano, que en cierto modo es la poesía francesa y, por tanto, un módulo de la poesía universal. Parisino quiere decir, para mí, lo que atañe al París genuinamente local y privativo, lo que sólo puede percibirse en el callejeo habitual de la gran urbe. Las composiciones que debe Ugarte a la sugestión vital de ese París pertenecen a la musa bohemia, estudiantil y despreocupada, cuyo dios familiar fué Béranger, y cuya encarnación más dulce fué Mimí Pinson.

Claro está que el amor, para esa musa alcohólica y saltarina, es puramente sensual y espasmódico. Pero a veces su inspiración se extiende a la amable frivolidad mundana, al discreto de salón y al floreteo (*flirt*) espiritual, cuya gracia tiene un son metálico de esgrima. Pero la elegía ronda siempre ante las puertas, como un hada que no ha sido convidada a la fiesta... El poeta pone su labio sobre manos enguantadas que despiden aroma turbador; pero acaso la gran sombra ha velado, al pasar, sus pupilas... Otras veces, diríase que atraviesa sobre esas páginas el eco lejano del soneto de Arvers; y el alma, enervada, se refugia en la pureza de los grandes amores que jamás fueron revelados a la persona amada.

Acaso hay en la manera poética de Ugarte un exceso de trovadorismo en el sentido vulgar de la palabra; un predominio del trovador sobre el poeta. El estilizador de la loa métrica de la mujer eclipsa al creador de fantasías sobre el amor; y sin querer, se siente arrastrado a la monotonía de lo que llamaríamos en términos vulgares *andalucismo*, comparación hiperbólica de la belleza femenina con los elementos naturales, según los tópicos de la imaginación galante, vagamente oriental.

Indudablemente (ya lo señala el señor Rivas Chérif en *La Pluma*) la mejor composición del volumen es la titulada *La barca*; en ella el poeta consigue elevarse ya a la vibración desinteresada y pura del Amor, sin mezcla de homenaje anecdótico a la hembra. Y un claro sentido de la armonía interior, suavemente imitativa, junta la belleza de la visión natural con la de la vibración del alma. Hay una reminiscencia lamartiniana en ese acierto que contrasta con el exceso de gondolerismo veneciano y laud pseudotrovadoresco de otras composiciones.

Ugarte no puede olvidar que ha luchado por las redenciones populares. Algunas composiciones reflejan ese espíritu, un poco a la manera quintanesca, que tanto eco tuvo en la poesía americana.

El Templo de los Alabastos

E. Ribera Chevremont es un joven poeta portorriqueño. Perteneció a la categoría de los poetas plásticos, que anteponen el ánfora de la estrofa al agua de lustración contenida en ella. Concibe su composición arquitectónicamente, como indica el título de su libro, *El Templo de los alabastos*. Sus preferencias van a la suntuosidad, a la exuberancia decorativa. Le gusta escoger un motivo ornamental y construir con él un opulento friso, mezcla de sinfonía, plasticidad y métrica. Así, por ejemplo, *La balada de los sombreros*, pomposa estilización en graciosas cuartetos de nueve sílabas, a la manera francesa. En otra tonalidad, sirva también de ejemplo la bella poesía *Los barcos*, que acaba en un grito elegíaco.

A veces, no sé si por la fluencia exuberante del verso, el autor incurra en defectos métricos, que no pueden ser perdonados a los poetas cuya mayor fuerza reside precisamente en la forma, y no en el balbuceo y la sugestión de lo inexpresable.

He señalado en mi ejemplar, como airoso matización de imágenes, *La ciudad de las aguas*. Me gusta también *La landera*, delicada visión, blandamente transportada desde la figura real a la simbólica. Igualmente debo señalar aquí los sonetos *El alma elegida*, *Mariposa*, *Oblación*. El titulado *El paje verde* me parece anfibológico y oscuro. ¿No se refiere al ajeno?

Hay un penetrante españolismo en ese poeta; una avidez de ahondar en el alma primitiva de la raza y beber los viejos impulsos en su originaria fuerza, hoy tan amortiguada. Léase, como síntesis de esa tendencia, la *Fantasia en oro y rojo*. Me recuerda el luminoso desfile de las estrofas hispanizantes del gran Teófilo, ritmadas por un són de viejos parches guerreros. Ese afán le lleva a cantar algún tema indigno de poetización; y en las estrofas a Francisco Pizarro comete impropiedades tales como decir que su alma (aquella alma de facineroso) llevaba «blanduras de nardo», que «en mundos de sangre sembraba el amor», que tenía «carne de mártir» y «que en vida y en muerte dios único fué!»

La influencia de Rubén Darío es bien visible en alguna composición, sobre todo la de la *Marcha triunfal en Trompas de marfil*, donde se repiten hasta las consonancias de que abusó Darío, como *sonoro y oro*. Suena en otras poesías el tono elegíaco al modo de Jorge Manrique, eterna lamentación por las pompas desvanecidas. Así *La joya del moro*, cuyo inevitable orientalismo debe incorporarla, mejor que entre las imitaciones de Manrique, entre las de los Frenos de Abul-Beka por la pérdida de Ronda.

Dejarme señalar también *La Copla*, composición en dodecasílabos que me sugiere el recuerdo del bonísimo Salvador Rueda.

¡Qué lástima produce, al azar de la lectura, encontrarse con algunas estridencias de mal gusto, que sin duda sabrá evitar, en lo futuro, la pródiga fecundia de ese poeta! Véase algunas de ellas: los pechos desnudos de los niños muertos son «cembudos» por donde Dios vierte miel! — ¡Qué cosas hace decir una consonancia forzada! Así también Ignacio de Loyola, en la poesía *A España*, ha de coger al Diablo «por la punta de la cola» — En plena contemplación de El Escorial, ante el silencio augusto, al poeta se le ocurre que «no se escucha ni el roce funeral de la mosca». Y en un soneto familiar, a un nacimiento, le acude esta imagen desgraciada: «Leche de estrellas en tus biberones!»

Gabriel ALOMAR

POR TIERRAS RIFEÑAS



La eterna barbarie

NUESTROS soldados reconquistan lo que los indígenas les arrebataron traicionablemente. Es ley del moro odiar el progreso; no lo ama, no lo desea, lo repele porque va contra sus instintos fieros y sus costumbres salvajes.

Este moro que lucha por mantener su barbarie, que momentáneamente ha podido observar las ventajas de la civilización, da la vida por mantener el estado de salvajismo y vivir entre miasmas de cadáveres y sin relación con nada que sea para él beneficioso.

Y es el atavismo de algo que subsiste a través de los siglos; es la conformidad con un presente ominoso y un pasado lleno de tristes recuerdos. Los moros viven la realidad del siglo en que fueron expulsados de España, en que perdieron el *Andalus* suspirado. Y como no progresaron, ni la civilización les llevó antaño nada que pudiese hacerles variar—porque era misterio su tierra y negación a horizontes nuevos su voluntad y contrariedad a toda penetración la abruptez del terreno africano—han seguido moros, cada vez más moros.

Sus costumbres son primitivas, salvajes; no hay ni arte ni mejoramiento en su vida; las industrias no existen; las máquinas son grotescas; las manipulaciones en su comercio, de lo más rudimentario; así vegetan estas gentes: entre odios de tribus y temores de castigos.

No hay mas que contemplar las fotografías que aquí se reproducen para formar juicio de estas gentes: sus casas, su indumentaria, todo es típico; no hay un síntoma de bienestar; la dureza en la vida es lo constante, lo que les hace ser sufridos, tenaces, sobrios.

La sangre, la pólvora, la guerra, son encantos de su vida embrutecida y holgazana. En sueños delirantes llegan a pensar en un mañana confortador de tanta desgracia, y cuando se ciegan, beben y triunfan por el engaño y por la ruindad, acarician las ilusiones de un nuevo califato en las costas de España, que parecen incitarles a cruzar el mar...

*

Música moruna

La guerra levantó en masa las tribus del Rif para emprender la loca aventura de arrojarlos de Melilla. Es muy

mono este ideal: *español estar gallina; español no hacer guerra; español estar pobre*. Son los juicios que merecemos a los que lanzamos de España en tiempos pasados.

Parecen ser estos juicios el agravio contenido en odios y venganzas seculares. Quizás lo de Melilla haya sido un escape de esta tromba de sentimientos enemigos, concentrados.

El moro, en su salvajismo, es sentimental para algunas cosas: el moro es amante de la música; el moro siente pasión por las flores. Es que el moro vive del sentimiento para el recuerdo, del odio para el presente.

Y la música árabe es música de sentimiento, es música de suavidad; parece ideada para soñar al escucharla. Por eso los árabes se extasían cuando la oyen.

Porque el moro sanguinario, el moro brutal, cuando lucha y defiende su fe y su tierra—no porque conozca su derecho, sino porque odia al cristiano y en este común sentir se unen todos los corazones—, se extasía con las notas del *gembri*, que parecen sollozos de almas llenas de dolor.

En medio de todo, el moro siente su poesía, quizás del dolor también, porque su vida tronchada le obliga a ello.

Por eso los músicos árabes son los sostenedores de la psicología mora, quizás más que los santones y los *chuks*; y lo son porque cada nota de sus instrumentos recuerda pasados de grandeza y presentes de dolor: es un revulsivo que aviva los odios acallados, mientras no se recuerden las lágrimas de Boadil el Chico, que las secó con los aires del desierto, cuando abandonó las vegas de Granada.

¡Músicos monos! Tradición viviente de una pana oculta, que exteriorizáis al tocar el *gembri*, y la flauta, y el pandero, que suenan siempre tristes, tristes como el recuerdo del alma mora; tristes como la vida que arrastráis, sin ningún aliciente que pueda separaros del camino de la tortura espiritual, que os impuso Isabel I al arrojaros de la gentil Granada.

No son extraños estos odios moros y estos arrestos cristianos; entre el sentimiento moro del *gembri* y las notas sentidas de la guitarra, hay un abismo.

Aquél es el quejido de la impotencia; éstas son la alegría del alma, llena de sol y de luz...

Federico PITA



RESÚMEN GRÁFICO DEL AÑO



1. El presidente del Consejo de ministros D. Eduardo Dato, víctima de un inícuo atentado sindicalista.—2. La boda de la marquesita de Belvis de las Navas con el príncipe de Lagenbourg, que constituyó un acontecimiento memorable en la sociedad aristocrática.—3 y 8. Los ilustres pintores Francisco Pradilla y José Villegas, fallecidos en Madrid recientemente.—4. La insigne novelista condesa de Pardo Bazán.—5 y 6. Los reyes de Bélgica, que fueron nuestros augustos huéspedes en octubre último.—7. La duquesa de Fernán Núñez, por quien está de luto la nobleza española.—9. El capitán general primer marqués de Estella, ha poco fallecido.—10. El match de boxeo entre Carpentier y Dempsey.—11. El popular Regino Velasco, víctima de un accidente en la Plaza de Toros de Madrid.

LA CAMPAÑA DE MARRUECOS



1. Las tropas españolas coronando el Gurugú.—2. El general Navarro, barón de Casa Davalillos, defensor de Monte Arruit.—3. El general Silvestre, comandante general de Melilla al estallar la rebelión rifeña.—4. Abd-el-Krim, iniciador y jefe del levantamiento.—5. Arco de acceso a la gloriosa y tristemente célebre posición de Monte Arruit, tras cuya rendición fueron inmolados millares de españoles.—6. La benemérita duquesa de la Victoria, alma de la Cruz Roja en Melilla.—7. Su Majestad la Reina Victoria, a quien sus constantes desvelos en pro de los heridos de la guerra han circundado de una aureola de bondad y de amor que aumenta el resplandor de sus virtudes.—8. El valeroso teniente coronel D. Santiago González Tablas, jefe de los Regulares de Ceuta.

UNA ELEGÍA SECULAR

La canción de la reina muerta

En las tardes de sol vuelve a dar a los aires su encanto la armonía de las canciones de las niñas en el corro. Son afiejos romances, llenos de una gran poesía tradicional, que vienen cantándose siglo tras siglo, alegrando la infancia de tantas generaciones y poniendo una suave melancolía en el alma de quienes las oyen vibrar, lejos ya de la edad de los juegos infantiles.

Hay canciones de esas, que están cantándose desde hace cuatro siglos. Tomada del siglo XVI es la de

La niña
que vino de Sevilla
y trujo
un delantal de lujo.

Letra que se modificó después, con la variante de decir:

y trajo
un delantal muy majó.

Las hay del siglo XVII, pícaro y jachero, con el espantajo del Santo Oficio para amedrentar:

Y le vi venir
por la calle arriba,
con capa terciada
y espada tendida.

Yo llamé al alcalde
y al corregidor.
—Perdóneme, María;
boquita de piñón,
que por ti me llevan
a la Inquisición.

Otra evoca las viejas guerras dentro del territorio español:

De Cataluña vengo
de servir al rey.

Y una de las más bellas, sentida y patética, recuerda los días de la guerra de Sucesión, cuando Mamburó vino a España:

A Atocha va una niña,
carabí,
hija de un capitán.

Y de entonces es la copla afirmativa de la voluntad popular, decidida por el primer Borbón:

Cuando Felipe Quinto
montó a caballo,
la Reina de los cielos
le dió la mano.
Toma esta rosa;
toma, Felipe Quinto,
para tu esposa.

Los hay tan remotos, que pertenecen con todo su sabor medieval, como aquella que empieza:

—Quitate de ahí, mora;
niña de judía;
deja a mi caballo
beber agua fría.

Pero otra de las más hermosas y de una melancolía hondamente elegíaca sorprende y encanta a la vez, por su aspecto anacrónico. Es la que llora la muerte de la reina Mercedes, y pregunta:

¿Dónde vas, Alfonso Doce;
dónde vas, triste de ti?

En ella está esa estrofa encantadora donde se habla de la reina muerta, diciendo que:

Cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.

Eso, en un tiempo en que había ya tranvías por las calles, y otros efectos de un prosaísmo excesivo, revela el poder de la poesía eterna e inmanente.

¿Qué poeta popular e ignorado ha escrito esos versos? Un poeta de hace siglos. Hay una comedia rara y curiosa, de Guillén de Castro, que, aun cuando llegó a imprimirse en su tiempo, lo fué achacando su paternidad a Lope de Vega,

y en edición tan breve, que hoy ha quedado generalmente desconocida, sino es para los escasos buceadores en interesantes rancias. Hablo de «La tragedia por los celos».

En ella, el gran poeta dramático valenciano lleva a la escena el drama que ensombreció la corte de Alfonso V de Aragón. La muerte de Margarita de Yar en el palacio del Real, de Valencia, a la que la Historia supone, y el poeta da por cierta, como víctima de la ira celosa de la reina doña María de Castilla. El que luego había de ser Fernando I de Nápoles, y cantada su divisa por el poeta castellano Juan de Tapia, el príncipe niño se nos aparece criado por el viejo que le envía al mercado. Y aunque su paísano el Papa Calixto III dijera que no era hijo del rey, y otros dijeren que su madre era una morisca llamada la Vilardona, Alfonso V le amaba como hijo suyo y de Margarita, y su existencia queda como causa de la muerte de la infortunada favorita.

Va el rey de caza con don Diego de Melo y don Juan de Moncada, cuando ve un águila que lleva en el pico una blanca paloma. Quiere libertarla con un disparo, y la paloma cae a sus pies, ensangrentándole la cara al caer. ¿Qué triste presagio es aquel? ¿Qué triste nueva le trae Jimen Pérez de Corella, que acude a galope desde Valencia a aquel campo de Liria? Al mismo tiempo se oye

la voz de un pastor, que llena de tristeza el ánimo del rey con su canción:

¿Dónde vas, el caballero;
dónde vas, triste de ti;
que la tu querida prenda
muerta es, que yo la vi?

Diéronla de puñaladas,
y de la muerte el buril
trocó la grana y la nieve
en un cárdeno alhelí.

Las andas que le aperceber
de ébano son y marfil,
cubiertas de tela negra
con una cruz carmesí.

Este es el otro siniestro auspicio que con el de la paloma en las garras del águila le hace sospechar a Alfonso V la muerte de Margarita de Yar, que a aquella misma hora está ocurriendo en el palacio valenciano.

Pero la canción, que ya con su lugar en la escena de Guillén de Castro aumenta su prestigio poético, tiene más antiguo abolengo.

Es un romance viejo del rey don Pedro y doña Inés de Castro. He allí, pues, más lejos, en la tragedia de la Quinta de las Lágrimas, a las poéticas orillas del Mondego, en la triste historia de la infortunada portuguesa que reinó después de morir, el origen de esta elegía tan bella, que con una variante modernizada cantan las niñas, aplicándola a la muerte de la reina Mercedes.

Poco importa la edad del verso si el tema es inmortal. Lo mismo que las canciones de las niñas, el dolor se renueva y se prolonga a través de los tiempos. Y en toda edad tiene algo por qué llorar, elegíaca, la eterna poesía.

Pedro de REPIDE

TEMAS LITERARIOS

La depuración de los símbolos

ADMIRABLE es la labor que realizan los símbolos, erigiéndose en representaciones sempiternas y abstrairas de determinadas sensaciones e imágenes que sólo deben sugerir en ciertos momentos marcados por las liturgias intencionales. Esa labor de depuración que realizan los símbolos, emancipándose de la intención concreta, yo la he podido comprobar muchas veces, lleno de la consiguiente maravilla. Así, cierto edificio sombrío y destartado, sin habitantes visibles en sus puertas y ventanas, contemplado en una hora crepuscular, reintegrarse en mi imaginación al paisaje arqueológico de una Jerusalén ruinosa, trasladándose a los días de la Pasión de Cristo; pues esa mole solemne y abandonada tiene algo de judaico y melancólico que hace pensar en los lugares trágicos y malditos donde fué martirizado el Justo. Cada vez que yo contemplo un gran edificio desierto, de muros cuarteados y con cimera de ortigas, siéntome penetrado de una gran unción, recuerdo las lamentaciones de los profetas, lléname de una piedad religiosa, y en ese instante, la vista de una piedra caída en el suelo sobresáltame como si hubiera sido una de aquellas que ensangrentaron el cuerpo del Divino Mártir; y una emoción religiosa, a veces buscaba vanamente en los templos, requiere la letra sagrada de las preces, descifrando afanosa el palimpsesto de mi memoria. Causa de todo eso es, simplemente, la arquitectura, que, ligada ya tradicionalmente al recuerdo de los romanos, evoca en mi esas ideas solemnes relacionadas con el episodio más alto en que los escudos romanos y los cascos

de cimera refulgieron como trofeos de un tiempo nuevo sobre la vetustez semita.

Otras veces, la sombra grave y sumptuosa de los crepúsculos de otoño, que cae sobre la ciudad y sobre las criaturas como un velo oscuro y magnífico, me ha recordado el comienzo de la Edad Media, cuando toda la belleza antigua, encarnada en mármoles, de un brillo de aurora, se cubre así de esos velos tenebrosos que apagan el último reflejo del sol de Grecia, sin que apenas se salve la roseta central de Nuestra Señora de París. En esa sombra grave y prematura, yo damino entonces como bajo la gran bandera negra de los Abbasidas, siento sobre mí el gran silencio del Islam, vivo en la Córdoba del siglo XII, y en la monotonía opaca con que se repiten los ritornelos crepusculares oigo el gran grito unánime y reiterado que proclama la unicidad de Dios.

Otras veces, signos consagrados por su intervención en algún rito me sitúan momentáneamente en tiempos arbitrarios. Así, el plenilunio, de abolengo teatral, me rodea de estatuas, crea el surtidor, tiende la cola de un traje antiguo sobre un césped imaginario. Yo estoy entonces en el Renacimiento italiano o en el siglo XVIII francés; cuando no me sitúa mi imaginación en tiempos todavía más remotos, en la época de la tragedia clásica, donde hay tantas invocaciones a la noche y a la luna. Más de una vez he asistido así a la inmolación de la blanca Efigenia y he sentido llorar a las fuentes por tantas crueldades del hado.

Otras veces, la vista de una alabarda, o de ciertas cabezas anunciadoras, me

ha recordado a la princesa de Lamballe; y siempre en los rastros y ferias de despojos vivo en un tiempo revolucionario, en que las turbas saquean las casas y vuelven a sus guardias cargadas de trofeos, descabalados e imperfectos. Si la contemplación de los rastros y prenderías me llena de una piedad y un pánico del que únicamente me consuela la serena placidez de esas mujeres que amamantan niños sentadas entre esas senectudes. Otros signos, en los que veo reminiscencias paliadas, despiertan en mí distintas sensaciones: así las tablas de las vallas que rematan en punta me recuerdan las lanzas verdaderas que en el principio de las sociedades acotaron un predio, trasladándose a la época de las tribus. Las borlas de ciertos trajes y cortinas me recuerdan los cascabeles que en otro tiempo se usaron en las ropas y que ornaron las vestiduras del Sumo Sacerdote hebraico, y, aún hoy en las sinagogas, los rollos de la Ley, y recrean mis oídos con festivas y dulces músicas. Un trozo de mármol es Grecia; una hoja amarilla, Egipto. Una espalda vista de lejos es siempre el ocaso: una mujer asomada al balcón, a deshora, augura la desgracia; los jugadores que barajan fichas o naipes son hombres que hacen teatro, puesto que combinan los hados, y de ahí el que tengan a su alrededor un público. Una voz de falsete es siempre el Carnaval. Los árboles son horcas naturales y en todos ellos hay vestigios de la magnífica cabellera de Absalón. Siempre que un viento se levanta, las naves de Grecia, tanto tiempo detenidas, van, por fin, a zarpar.

Otras veces, ciertos gestos cotidianos parecen repetición o parodia de otros gestos históricos, únicos y perdurables; y mi imaginación se complace en atribuirles una letra antigua y sagrada. Así, por ejemplo, esas mujeres que en el crepúsculo sueñan asomadas a los umbrales de sus casas, pueblan los aires con los sonos de un Angelus ideal y repiten en su quietud silenciosa las memorables palabras: *Ecce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum*. Las locomotoras que avanzan impacientes y clamorosas, sugiriendo con sus silbidos el alegre repique de las campanillas de los arólitos en las vísperas y completas eclesiásticas, van diciendo en su prisa: *Et antiquum documentum novo cedat ritui*. Los hombres que miran a los cielos, explorando la presencia de las palomas de los hangares, parecen resucitar la estrofa inspirada—*Veni, Creator Spiritus*—. Y las mujeres que caminan solas, en el crepúsculo, recitan versículos del Cantar de los Cantares. De esta suerte, el signo, el signo aislado, independiente, de las circunstancias de lugar y de tiempo en que se hace ritual y oportuno, evoca ciclos de representaciones, depurándose más cada vez, hasta hacer innecesaria la decoración total; prescinde cada vez más del trofeo para convertirse en una espiritual insinuación. Cada solemnidad litúrgica o hecho histórico, cuya representación completa exigiría un gran escenario y un numeroso concurso de actores, reduce así a la mera expresión del sentimiento triste, jocundo o simplemente placido que se despierta en nosotros, sintetizando en el tema toda su orquestación. Así, por ejemplo, cualquier paisaje solemne puede evocar un acontecimiento histórico o una gran fiesta religiosa; ciertos recuerdos demasiado graves hallan su expresión en la arquitectura, y ciertas orquestaciones olvidadas resucitan en el ritmo lento del crepúsculo. Un simple caserón destartado puede ser la Capilla Sixtina; la cúpula de un templo resume toda la majestad del Pontificado, y en la solemnidad del crepúsculo resurgen esas fastuosas ceremonias eclesiásticas que requieren el concurso de masas corales y la armili-

lud de la iglesia de San Pedro en Roma.

De esta suerte, por la evocación del signo —solemne, luctuoso o triunfal—, perduran siempre en aniversarios veleidosos esas apoteosis y duelos de la historia, cuya representación teatral agotaría un erario regio. Resumidas en el sentimiento predominante, trasmutan sus símbolos, trasladando su representación a más fáciles pautas de sensaciones. Así, nuestra facultad evocadora resulta maravillosamente enriquecida, y, emancipado del escenario y de los actores, yo asisto cada día a espectáculos trágicos y jocundos de una belleza insuperada, y veo renovarse para mí eras y episodios de una asombrosa variedad.

Pero la que sobre todo es frecuente en mí, acaso por virtud de un temperamento elegíaco y profundamente religioso, es la evocación de la Semana Santa. Las sensaciones correspondientes a este ciclo se repiten en mí, con independencia

del tiempo verdadero que festeja el calendario, evocado por cuanto es dulce y solemne. El desfile de la muchedumbre los días de grandes fiestas me recuerda el fragor de los grandes ríos que rodean a Jerusalén. Un aire tibio y dulce me parece emanado de la herida de amor del

Nazareno. Todos los que hincan clavos en un madero me llenan de piedad por sus pies divinos. Las mujeres que visten de luto me parecen sus madres. Y el gran velo de la noche de invierno me parece perpetuar siempre un Viernes Santo.

R. CANSINOS-ASSENS

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Últimas novedades.

	Pesetas.
José Francés, <i>La raíz flotante</i> (novela).....	5
López de Sáa, <i>Gaviotas y golondrinas</i> (idem).....	5
Gómez Carrillo, <i>La gesta de la legión</i>	4,50
Knut Hamsun, premio Nobel, <i>Sonadores</i> (novela).....	4
Spitteler, premio Nobel, <i>El teniente Conrado</i> (idem).....	5
Colecciones populares.	
Fenimore Cooper, <i>Una colonia sobre un volcán</i> (novela de aventuras).....	3
Teófilo Gautier, <i>Jettatura</i> (novela).....	1
Dickens, <i>Canción de Navidad</i> (cuentos de Nochebuena).....	1
Acaban de publicarse.	
<i>Las columnas de Hércules</i> , primera novela de Luis Araquistain.....	5
<i>Verdades sentimentales</i> , de V. García Martí.....	4
De venta: Librerías, estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28.	

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MAN-TONES DE MANILA.**
SAN BERNARDO, 1.

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO 5 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269
Bachillerato, Derecho, Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Gobernación, Tribunal de Cuentas
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado. Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.
La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en O.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

LADRILLOS REFRACTARIOS

TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MANTONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking.—**CALATRAVA, 9.**

NUOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONOMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

Pedid Coñac Lion d'or



GRAN SALDO DE PIELS
confeccionadas y para
confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.

HORTALEZA, 82
LA ESTRELLA

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie
Les Petits Suisse
Fernando VI, 17



MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.231

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.—Aparatos con o sin bocina.—Ventas al contado.—Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leonís

Bailables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz

Ofelia
de Aragón

G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a
FADAS -- Peligros, 14 y 16 -- MADRID

LAMPARA

EGMAR



LA MAS RESISTENTE Y DE MENOR CONSUMO

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID } Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

Quiosco de EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE
EL MEJOR ALIMENT

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos. De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

CARDENAL CISNEROS, 62. — MADRID

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébelo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



CARLOS COPPEL



FÁBRICA DE RELOJES

Fuencarral, 27
MADRID

Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tifo

PARA COX, ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito

VALLÉS, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986

PÍDASE EL CATALOGO ILUSTRADO

